

EL TRÁNSITO DE LA GRECIA CLÁSICA AL HELENISMO

Domingo Plácido Suárez
Universidad Complutense de Madrid

La Arqueología del siglo XVIII, entendida fundamentalmente como Historia del Arte, impregnada del espíritu del Neoclasicismo, estableció las bases para la división del desarrollo histórico de la antigua Grecia en tres grandes períodos, dominados por un espíritu valorativo. El arcaísmo se identifica con la inmadurez primitivista, mientras que el clasicismo corresponde al período de esplendor, el más digno de imitación, para atribuir finalmente al helenismo los rasgos propios de la decadencia y el amaneramiento orientalizante. Sin embargo, a pesar de su carácter convencional, estas periodizaciones, nacidas en momentos determinantes para la configuración teórica de la cultura occidental, se han conservado vigentes, tras la necesaria adecuación a criterios históricos constantemente renovados. De hecho, la mencionada periodización conserva su virtualidad para la comprensión de la Historia Antigua de Grecia prácticamente en todas las posibles orientaciones de que sea objeto.

Efectivamente, el arcaísmo, entre el siglo VIII y las Guerras Médicas, viene a coincidir con la historia de la formación de la ciudad estado, *pólis*, como estructura política basada en la participación de los poseedores de la tierra cívica, encargados al mismo tiempo de la defensa de la ciudad y su territorio a través del ejército hoplítico. A lo largo del período, las aristocracias pierden en general el protagonismo absoluto, pero se acomodan de tal manera que, en líneas generales, conservan en las diferentes ciudades un papel dirigente dentro de



la estructura oligárquica de los poseedores de las parcelas de la tierra cívica. Las transformaciones no dejaron de ser traumáticas, de modo que parte de la población quedó sometida a relaciones de dependencia, mientras otra parte tenía que buscar nuevos asentamientos en las costas del Mediterráneo, para crear nuevas ciudades identificadas así mismo como *póleis*. La historia interna de éstas se caracteriza por el hecho de que, junto a los conflictos interclasistas, entre las aristocracias y el *dêmos*, se suceden conflictos intraclasistas, entre grupos aristocráticos que pretenden la conservación de sus influencias a través del control de sus grupos clientelares, generalmente formados por los campesinos del entorno, que en principio también combatían bajo la dirección de aquéllos. La emancipación relativa del campesinado arcaico transformó también los modos de control por los aristócratas, que institucionalizan sus formas de actuación a través de los organismos de la ciudad en formación y ocasionalmente llegan a convertirse en dirigentes de los movimientos emancipatorios, en relaciones de rivalidad con otros aristócratas.

La llegada del clasicismo, tras las Guerras Médicas, significa, entre otras cosas, que la Historia de Grecia comienza a moverse en torno a la ciudad de Atenas. En realidad, las fuentes permiten que, desde fines del siglo VI, su historia se conozca de modo mucho más profundo y detallado que la de ninguna otra ciudad de Grecia. Por otro lado, en los últimos decenios de dicho siglo se produjo el nacimiento de la democracia, circunstancia que suele considerarse especialmente significativa de la realidad del clasicismo en los planos político y social. Si bien Clístenes, considerado el fundador de la democracia, parece haberse apoyado en el *dêmos* para alcanzar la victoria en las luchas gentilicias entre los aristócratas de la ciudad por controlar las clientelas, el resultado fue que dicho *dêmos* pudo imponer parcialmente sus condiciones, con lo que se llegó a una organización de la ciudadanía que permitía que los campesinos como hoplitas controlaran la vida política, pero también que la población subhoplítica, los *thêtes* que quedaban en último lugar en la organización censataria creada por Solón en el siglo anterior, tuviera presencia reconocida en la estructura cívica. Clístenes estructuró la población en *dêmoi* y *trittúes*, para romper con las estructuras de las *phratríai* controladas por la aristocracia, e introdujo al *dêmos* en las *phulaí*, formadas por *dêmoi* de los distintos territorios, para romper los mecanismos de control clientelar.

Sin embargo, sólo las Guerras Médicas proporcionaron las condiciones para que el *dêmos* subhoplítico tuviera auténtico peso en la ciudad, al dar el protagonismo militar a la flota, donde los *thêtes* ejercían la ciudadanía como lo hacían los hoplitas en los ejércitos de tierra. El cambio operado entre la batalla de Maratón, batalla hoplítica dirigida por Milcíades, y la de Salamina, batalla naval dirigida por Temístocles, simboliza ese cambio de protagonismo, fundamental para que el *dêmos* de los *thêtes* pudiera imponerse.



Así comienzan a aparecer los rasgos que caracterizan el clasicismo: la *pólis* hegemónica, que consigue imponerse sobre los demás griegos, pasa a adquirir el protagonismo por encima de la *pólis* caracterizada como hoplítica, donde se imponía la identidad del ciudadano como soldado de infantería por el hecho de ser poseedor de una parcela de tierra, o *klêros*, en la *chóra*, o territorio cívico.

Sin embargo, el proceso subsiguiente fue el resultado de los conflictos entre las diferentes líneas políticas en que se enfrentaban los dirigentes. El clasicismo se forma en el conflicto, en medio de las diferencias entre ciudades y de los enfrentamientos internos en las mismas. De este modo, las luchas por las hegemónicas posteriores a las guerras médicas, cuya manifestación más importante está representada por las guerras entre Atenas y Esparta, muestran su otra cara en la evolución social dentro de la ciudad de Atenas, donde se revelan las diferencias entre el *dêmos* hoplítico, poseedor de la *chóra*, y el *dêmos* subhoplítico, que se irá definiendo como beneficiario del poder imperialista a través del *misthós*, modo de pago por servicios cívicos que se impondrá en este período. De todos modos, si bien Salamina ha afirmado el protagonismo de los *thêtes*, éste sólo se asienta a través de las vicisitudes internas de la ciudad y de sus relaciones con el resto de Grecia. En efecto, la victoria naval y las posibilidades de controlar económicamente el mar Egeo facilitaron en un primer momento el protagonismo de los potentados atenienses capaces de organizar el aprovechamiento económico del control marítimo en la creación de la Confederación de Delos, organizada por Aristides, fundamento institucional de lo que se convertirá en imperio. Cimón, figura representativa del momento, a través de la continuación de las conquistas, de la obtención del botín y de la incorporación de tierras, transformó al *dêmos* en beneficiario de su propia beneficencia privada, a través de la cual se redistribuían los beneficios, con el consiguiente prestigio de quien tenía la capacidad de repartir. Tales circunstancias iban unidas a otro rasgo oligárquico propio de la época, representado por la hegemonía del Areópago.

Por ello, en los primeros años se impuso la política filoespartana y oligárquica promovida por Cimón, a pesar del papel de los *thêtes* en Salamina, cuyo estratega, Temístocles, paradójicamente, se vio sometido al ostracismo por oponerse a la política de acercamiento a Esparta. Sin embargo, cuando Cimón consiguió que los atenienses votaran el envío de un ejército hoplítico en apoyo de los espartanos, preocupados por las revueltas hilóticas, el resultado fue el mal entendimiento entre los soldados atenienses y los espartanos, lo que llevaría, por un parte, al final de la carrera de Cimón y, por otra, a la recuperación de la democracia ateniense a través de las reformas de Efiates y el apoyo de Pericles, que impondría una redistribución pública de los ingresos de la ciudad a través de varias instituciones, entre ellas la del *misthós*, que se unía a la pérdida de poder del Areópago. En el siglo IV, Aristóteles definirá la democracia como el sistema



donde el *dêmos* es dueño de la *politeía*, a través de la *Boulé*, la *Ekklesía* y la *Heliaía*, que sustituyeron al Areópago en la reformas de Efialtes, verdadero creador de la democracia según Plutarco.

En el período de paz entre las guerras médicas y la guerra del Peloponeso, en Atenas se impone pues una democracia caracterizada por la vigencia de la redistribución pública frente a la privada y por el protagonismo privado de quienes eran capaces de hacer coincidir sus intereses con los del *dêmos*. Políticos como Pericles o Alcibíades o intelectuales como los sofistas practicaban la persuasión y pretendían ordenar la colectividad a través de sistemas que se presentaban como capaces de mantener el consenso en torno a figuras que ejercían la oratoria como instrumento político. De este modo, en la ciudad se impusieron las prácticas relacionadas con la marina y con los mercados, modos de enriquecimiento que favorecían al *dêmos* como beneficiario del *misthós*, pero también a los ricos que hubieran sabido adaptar sus riquezas a tales actividades, en el comercio a larga distancia, donde la explotación del *dêmos* podía sustituirse por la práctica de la esclavitud mercantía. Atenas sería así el modelo de un sistema irreplicable, pero envidiable por el *dêmos* de las demás ciudades, porque ejercía un imperialismo que permitía el mantenimiento de su libertad a costa de la de los esclavos y la conservación de los derechos políticos a costa del control de otras ciudades, donde por más que se imitara el sistema democrático no era posible conservarlo sin enfrentamientos con sus oligarquías, que en Atenas se paliaban con el imperialismo. El consenso ateniense era irreplicable, pero Atenas tenía que mantener su convivencia con ciudades hoplíticas, donde la democracia carecía de los fundamentos económicos de que disfrutaba Atenas, o donde subsistían dependencias de tipo hilótico, en que el sector subhoplítico no sólo no ha alcanzado la libertad sino que ha sido sometido a formas colectivas de dependencia. El panorama conflictivo quedaba concentrado en los enfrentamientos entre Atenas y Esparta.

La guerra del Peloponeso fue la consecuencia del imperialismo de la ciudad democrática, cuyas contradicciones representan el escenario donde se desarrolla el clasicismo, como concepción del mundo que cree en el consenso tras admitir la existencia de las contradicciones, en el arte de Fidias, en el pensamiento de Protágoras, en la concepción de la historia de Tucídides y en la percepción trágica de la realidad. Tucídides vio que el predominio de Atenas producía el temor y la reacción. El predominio del *dêmos* no permitía la tranquilidad. La *hesuchía* era contraria a las posibilidades de conservación del sistema. Es éste, en definitiva, el fundamento del héroe trágico, que cae en la desgracia por su propia acción.

Tras Pericles, en quien todavía predominan los aspectos derivados de su capacidad de control, los políticos se definen más bien por sus excesos. Cleón y Nicias aparecen representados en la comedia de Aristófanes como excesivamen-



te activo y excesivamente pasivo respectivamente. Para los aristócratas sólo cabe la promoción social o política, inherente a su condición, a través de la acción que satisfaga las aspiraciones imperialistas del *dêmos*, de la multitud náutica, *ôchlos nautikós*. Alcibíades reconocerá en un discurso pronunciado en Esparta que ha sido demócrata porque era el único camino que tenían en Atenas para hacer carrera los jóvenes de su condición. Tales son las circunstancias que llevaron a la guerra del Peloponeso y las que condujeron a Atenas a la derrota, al haberse visto envuelta en una dinámica de la que no era posible salirse sin perder el imperio y, por tanto, las posibilidades de conservación de la libertad del *dêmos*. Sólo cabía esclavizar o ser esclavizados. La contradicción se convierte en el escenario de los aspectos más dramáticos del clasicismo. La guerra será el gran punto de referencia del pensamiento del siglo IV.

A partir de ahora se habla de la crisis de la *pólis*, que es al mismo tiempo el inicio de una serie de guerras imperialistas, de luchas por la hegemonía, que transcurren entre la guerra del Peloponeso y la guerra social, a mediados del siglo IV, cuando los atenienses fracasaron en su intento de recuperar el imperio a través de la II Confederación de Delos. Las posibilidades del *dêmos* subhoplítico de conservar los privilegios que le proporcionaba la democracia asentada en el imperio habían desaparecido para siempre.

La historia de la primera mitad del siglo IV resulta por ello verdaderamente rica, tanto en sus alteraciones políticas como en las manifestaciones intelectuales, síntoma de la existencia de profundas preocupaciones que afectaban a las relaciones humanas en todas sus escalas. Platón y Aristóteles, máximos representantes de la intelectualidad preocupada por la vida social, dedican sus esfuerzos a buscar soluciones para la convivencia, sin perder las características de la *pólis*, o a través de mecanismos de enmascaramiento para llegar a aceptar las transformaciones y sus consecuencias, teorizando fundamentalmente sobre la falta de libertad del *dêmos*. Tal vez sea, sin embargo, Jenofonte quien expresa más simplemente tales preocupaciones, al buscar el camino que pudiera llevar a la aceptación de una nueva forma de *basileía* sin abandonar el planteamiento de la *pólis* como fundamento de la convivencia. Sus equilibrios lo conducen a expresar su ideología antihegemónica, contraria al imperialismo como causante de los peligros de la guerra, en los *Póroi* o *Ingresos públicos*, obra cuya redacción coincide con la derrota de la guerra social, en lenguaje imperialista, para mantener la ficción del mantenimiento del prestigio, mientras busca la solución en el uso de la rentas de las minas y del puerto, todo ello a través del trabajo esclavo. En teoría, representa un intento de mantener la vigencia de la democracia a pesar de la derrota de la guerra, del ciudadano privilegiado que no está sometido al trabajo servil, gracias al *misthós*, sin tener en cuenta que sin imperio era difícil el mantenimiento de dicho *misthós*, a no ser que el gasto recayera



sobre los ricos, lo que significaría la ruptura del consenso que se basaba en la coincidencia de intereses en el control exterior, ahora inexistente, tras el fracaso de formar un segundo imperio sobre la base de la II Confederación.

Desde el punto de vista social, la historia de la Atenas del siglo IV representa la afloración de las dificultades para mantener el poder de los *thêtes*. Ahora bien, la universalización de los procesos históricos a partir de las guerras médicas, así como las luchas por la hegemonía y sus implicaciones en el plano de las relaciones entre ciudades, abrieron las puertas a la crisis del campesinado en la generalidad de los territorios griegos. Los conflictos que se manifiestan en muchos de ellos, así como los mismos procesos judiciales de Atenas y la arqueología agraria van revelando la existencia de un mecanismo de acumulación paralelo a la difusión de modos de sometimiento a que los ricos van obligando al campesinado, lo que se traduce en la aparición de dificultades para mantener el sistema hoplítico en coincidencia con la apertura del sistema económico mundial. Por otro lado, el protagonismo náutico en la guerra y en la economía del clasicismo ha repercutido en la falta de rentabilidad de las explotaciones incapaces de introducirse en mercados internacionales y en la imposición de formas monopolísticas procedentes de la acumulación, donde los campesinos vuelven a ser incapaces de mantener su propio armamento hoplítico y, consecuentemente, su participación política. Aristóteles propondrá el protagonismo del pequeño campesino precisamente porque éste tiende a participar poco en la vida política. La crisis de la *pólis* es, de un lado, crisis de la ciudad democrática, pero también, de otro lado, crisis de la ciudad hoplítica y, por tanto, del clasicismo como confluencia de la economía agraria y la economía marítima en el mundo político de la ciudad estado.

Nada más terminar la guerra del Peloponeso, los espartanos enviaron un ejército de mercenarios para ayudar a Ciro el Joven a conquistar el reino que había correspondido a su hermano mayor Artajerjes a la muerte de Darío II. El episodio se ha considerado clave en la transición de los ejércitos hacia los modos propios de la época helenística, aunque el orador Isócrates pretenda ver una continuación de la lucha contra el persa iniciada con las guerras médicas. En definitiva, lo que hacían era intentar sostener a otro rey persa. Ahí participó Jenofonte, que dejó el testimonio del retorno de las tropas derrotadas en la *Anábasis*. En este escrito se perciben las nuevas relaciones militares basadas en lo personal, al margen de la ciudadanía. Lo que importa es el salario (I,2,12), el aumento de la paga (I,3,21; I,4,12), en lo que se sustenta la posibilidad de cambiar de bando (I,4,3). El ejército hoplítico que lucha por el territorio de la propia ciudad ha desaparecido ya. El ejército de los Diez Mil se revelará en algunos autores como modelo de los ejércitos mercenarios del s. IV, al servicio del rey o para las luchas contra el rey.



Junto a ello, desde los momentos finales de la guerra del Peloponeso se revitalizarán las tendencias monárquicas en diversas ciudades. Algunos de los jefes militares espartanos, fuera de las familias reinantes, serán precisamente los que busquen su propia afirmación en las actividades militares que rompan con la tradición colectivista espartana. Brasidas llegó a tomar incluso medidas militares que alteraban las estructuras sociales al proporcionar posibilidades de participación a los hilotas. Lisandro se hacía rendir culto en festivales heroicos en las ciudades que había liberado del control imperialista ateniense. También los estrategos atenienses tienden, en la recuperación posterior a la guerra, a emprender campañas de propaganda panhelénica por encima de la *pólis*, favorecida por la ampliación de las relaciones exteriores, que ponían a las ciudades en contacto con poblaciones organizadas de acuerdo con antiguas formas de realeza o con tiranías que lograban transmitir la imagen de la antigua monarquía aristocrática, la que Aristóteles consideraba legítima por basarse en la tradición. De este modo, ciertos intelectuales griegos, preocupados por los problemas derivados de la violenta transformación social, que afectaba a *thêtes* y hoplitas, emprenden la búsqueda del salvador, en Sicilia, como Platón, o en Chipre, como Isócrates. Sin embargo, en general, como en el caso de Jenofonte, se mantiene la ficción de la *pólis*. Los Diez Mil formarían una *pólis* en marcha. Mientras para Jenofonte el proceso se muestra en toda su claridad, pues el jefe militar encuentra su carrera en estos procesos, Isócrates en cambio se encuentra en la encrucijada, entre su rechazo de los mercenarios y la percepción de la necesidad del poder personal para solucionar los problemas de las ciudades, sin darse cuenta en cambio de que ambos eran fenómenos que iban unidos y que la desaparición de los vínculos entre guerra y política que eran propios del estratega clásico conducía a la presencia de jefes militares apoyados en tropas mercenarias, germen de los reinos helenísticos.

La crisis del sistema hoplítico se pone de manifiesto en toda Grecia, y no sólo en Atenas, lo que da lugar a la aparición de movimientos campesinos, incluso en zonas donde habían predominado las formas de dependencia hilotica, en que el *dêmos* había quedado sometido a los propietarios de tierra, sin la liberación que en Atenas habían alcanzado los *thêtes* a través del desarrollo naval. Tesalia, Creta, Heraclea Póntica fueron escenarios de *stásis* entre la población campesina sometida, lo que daba lugar a repercusiones entre los propietarios más débiles que podían llegar a encontrarse, como en Esparta, en situaciones de riesgo, al borde de caer en dependencia frente a los más fuertes. En efecto, también allí, con la revuelta de Cinadón, se manifestó la crisis, paralela a la situación de oligantropía.

La continuación de las guerras entre ciudades y la complicación de las luchas por parte de los egipcios y persas, con el uso por su parte de tropas extranjeras de



los pueblos tributarios, imprimió un nuevo impulso al desarrollo del mercenariado, que se abastecía en las ciudades griegas del Peloponeso. Tal situación dio lugar al desarrollo de movimientos individualistas apoyados por el *dêmos*, gérmenes de nuevas formas de tiranía, como la de Eufrón de Sición (Jen. Hel. VII,1,44-46; 3,1-12; Diod., XV,70,3), apoyado por el pueblo y convertido en tirano gracias al prestigio militar logrado en lucha contra los espartanos. Por eso, aun muerto como tirano, asesinado por la aristocracia, recibió culto heroico en el ágora de su ciudad. De ahí que las grandes preocupaciones políticas de Platón se plasmaran en la lucha frente al poder despótico identificado en gran medida con el *dêmos*. De ahí también que, ante la presencia de Filipo de Macedonia, surgieran en Atenas y en el conjunto de Grecia conflictos internos, resueltos en la creación de la Liga de Corinto de 337, cuyo primer objetivo era acabar con la *stásis* e impedir las reformas demagógicas, como la redistribución de tierras o la condonación de deudas, es decir, oponerse a movimientos que intentaban solucionar los problemas que afectaban al campesinado pobre, a las masas dependientes o a los recientemente empobrecidos, al borde de caer en la dependencia. La finalidad que se ofrecía era la de unir a todos los griegos para emprender una nueva acción hacia el exterior, renovar la guerra contra los persas.

Como fenómeno paralelo al de los intentos de creación de entidades superiores a las ciudades controladas por los gobernantes individuales, el siglo IV se caracteriza también por el fortalecimiento de las Confederaciones, algunas ya anteriormente existentes, como la Beocia, en gran medida proyección de la hegemonía tebana, pero otras de nueva creación como la Arcadia, como resultado de las aspiraciones de comunidades previamente no organizadas a crear estructuras sólidas. Su naturaleza no homogénea permite observar en unos casos los procesos de fortalecimiento de grupos étnicos con la intención de resistir a las aspiraciones hegemónicas de ciudades o reyes, como es el caso de la Liga Etolia, pero en otros aparecen más bien como resultado de las acciones monárquicas, tendentes a congregar poblaciones sobre las que ejercer más fácilmente el control, como la Liga Tesalia bajo el tirano Jasón de Feras, convertido en dirigente de tropas mercenarias sobre las que pretende alcanzar la hegemonía sobre la Grecia central. De este modo, ciudades, reinos y confederaciones conforman el panorama político a través del que se expresa una sociedad en crisis para alcanzar la nueva imagen del mundo helenístico, donde tales estructuras permanecen vigentes dentro de un nuevo escenario.

En ese proceso, pues, los factores determinantes más significativos serán el desarrollo del mercenariado, de que es testimonio destacado el escrito de Eneas Táctico, *Poliorcética*, el crecimiento de la especulación sobre tierras que, junto al desarrollo de los procesos judiciales de tema económico que permite enriquecer la labor de los oradores del siglo IV, queda expuesto también en el escrito de



Jenofonte, *Económico*, síntoma al mismo tiempo de la profunda sistematización del trabajo esclavo en las propiedades así consolidadas, y el nuevo desarrollo de las oligarquías. La falta de defensas del *dêmos* en la crisis de los sistemas democráticos y en el debilitamiento de los fundamentos económicos del campesinado hoplítico facilitaba la sumisión a nuevas formas de dependencias de las poblaciones empobrecidas, lo que se traduce en el aumento de las poblaciones dependientes de estatuto incierto. El siglo IV significó en gran medida el debilitamiento de las estructuras institucionales creadas en la historia de la *pólis* como instrumentos de protección de las poblaciones no oligárquicas, es decir, el crecimiento de los peligros del ciudadano pobre, indefenso ante la agresión oligárquica.

Como en otras ocasiones, el caso de Atenas es el mejor conocido: en la época en que gobernaba Demetrio de Falero, protegido por el macedonio Casandro, cuando, tras la muerte de Alejandro, se están estructurando las ciudades griegas bajo el manto protector de sus herederos, el censo dio como resultado la presencia de 21.000 ciudadanos, 10.000 metecos y 400.000 esclavos, de los que no es posible saber si se trata del esclavo clásico, propiedad privada de sus dueños, o población empobrecida, obligada a vender su fuerza de trabajo al modo servil, como aquellos a que se referirá el lexicógrafo Pólux cuando hable de quienes tienen nombres de libres pero son esclavos. Ya antes, cuenta Plutarco que, en época de Foción, cuando éste se oponía a la resistencia antimacedónica, en contra de su política se llegó a crear una unión entre los esclavos y el *dêmos*, que indicaría una cierta indeterminación de los límites entre los estatutos de libre y esclavo, ante el creciente desarrollo de una amplia población dependiente en la que caía la parte del *dêmos* carente de recursos económicos para resistir la fuerza de los cambios, entre el clasicismo y el mundo helenístico. Foción también estaba apoyado por el macedonio Antípatro.

Por ello, como la situación del *dêmos* creaba conflictividad, el resultado de la intervención macedónica fue el final de los repartos de tierra, la liberación de esclavos y la abolición de deudas, las medidas que reducían a esclavos y campesinos pobres a la impotencia en sus posibles reivindicaciones ante la oligarquía. La presencia macedónica cumplía así las aspiraciones de ésta última.

Los instrumentos para este control venían fraguándose a lo largo del siglo IV. Para ello un elemento fundamental fue el desarrollo del poder personal de los jefes militares con tendencia a la heroización, con lo que además podían asumir la imagen de aquellos otros que se presentaban como salvadores de las poblaciones miserables. Resulta característico de la época el dilema entre realeza y tiranía, resuelto a veces en la dirección de identificar la tiranía con la demagogia de quienes favorecen al *dêmos*, frente al monarca equilibrado, que reparte al estilo platónico, sobre la base de la igualdad geométrica. Los héroes se manifiestan también como continuadores de la tradición aristocrática del fundador de ciudades,



como Epaminondas, fundador de Mesene para asentar a los mesenios esclavizados como hilotas por los espartanos. Tales prácticas se convertirán en modelo de la época helenística, desde el propio Alejandro, como modo de afirmación del poder personal sobre la base de una organización clásica, con connotaciones de libertad, para que los habitantes de las nuevas urbes se imaginen que todavía viven en la *pólis*. También Jenofonte en *Anábasis* se presenta como fundador de ciudades, donde asentar a los mercenarios al acabar la campaña. Las distribuciones militares cobrarán enorme importancia en el mundo helenístico y romano.

En el tránsito hacia la nueva realidad histórica desempeña un importantísimo papel lo que puede considerarse el pensamiento de la crisis, el que se presenta como un intento teórico de recuperar la *pátrios politeía*, presente tanto en Platón como en Aristóteles, como una vía para lograr la conservación de la *pólis* en crisis, pero que elabora al mismo tiempo los instrumentos que permitan delimitar el sentido de la ciudadanía, en la estructura trifuncional platónica, o en la nueva identificación de la *mése politeía* que caracteriza el pensamiento político aristotélico, donde aquélla se reduce a la participación de los campesinos, precisamente por su reticencia a asistir a las sesiones de los organismos públicos. La monarquía aparece como objeto de teorización sobre todo en las obras de Isócrates y Jenofonte, donde usan modelos ajenos al mundo griego, macedónicos o persas. En la oratoria se experimenta un cambio importante, pues la oratoria democrática de los sofistas y Pericles queda sustituida por la oratoria de aparato y judicial; los discursos oficiales cobran todo el protagonismo frente a la persuasión que caracterizaba la vida política del siglo V, en que era necesario, para hacer política, convencer al *dêmos* de que votara lo que cada uno deseara. La oligarquía ha sustituido el instrumento oratorio por la instrumentalización de los poderosos, reyes o tiranos, capaces de controlar al *dêmos* por medios violentos o a través de políticas demagógicas. El arte se caracterizará por la continuación del manierismo del siglo IV, con que la percepción profunda de las contradicciones de una realidad concebida en su dramatismo quedaba sustituida por la emociones personales y el individualismo cínico, pie para la aparición de formas de patetismo que desembocarán en el arte de Pérgamo. La comedia nueva, de costumbres urbanas y familiares, sustituye a la comedia de crítica política y social que había caracterizado la época de la guerra del Peloponeso. Paralelamente, se van imponiendo las religiones místicas, adecuación de cultos griegos o de introducción oriental: primero, Asclepio cobra un gran auge, como Cibeles o Bendis, introducidas ya en las crisis del siglo V, durante la guerra. Pero ahora serán sobre todo los cultos egipcios los que vengán a intentar satisfacer las aspiraciones individuales de los humanos, con tendencia a dejarse adaptar por el poder a las formas instrumentales de control ideológico.

En conclusión, la ciudad helenística será una ciudad de gobernantes, de servicios e intercambios, de privilegiados que pueden permitirse la creencia de que



viven en algo similar a lo que era la *pólis*, pero que se asientan frente a una *chóra* trabajada por *laoí*, poblaciones de estatuto libre, procedentes de los campesinos empobrecidos o de las poblaciones conquistadas, principal objetivo de las campañas de los reyes macedónicos, Filipo o Alejandro. La ciudad se define así como el lugar privilegiado del evergetismo, donde los ricos ejercen la labor de redistribución, entre poblaciones dedicadas a labores terciarias, de los excedentes de la riqueza obtenida en tierras cultivadas por *laoí*.

La ciudad vive teóricamente al margen de los problemas económicos. Ahora bien, en la práctica, repercuten en ella todos los procesos críticos por los que pueda atravesar la producción. Las oligarquías no siempre cuentan con los medios suficientes para atender a las inquietudes de la población urbana, donde surgen violentos movimientos de protesta. Sólo los reyes están en condiciones de hacerlo, por lo que demuestran el carácter imprescindible de su poder absoluto y despótico. Sin embargo, en su actuación, los reyes también se presentan como protectores de las masas urbanas, para asentar aún más su autoridad sobre la imagen del salvador, heredera de algunos tiranos y demagogos del clasicismo. Aunque sus acciones demagógicas pertenecen mayoritariamente al mundo imaginario, al presentarse ante el pueblo como nuevo Dioniso, como divinidad soteriológica, en ocasiones también se apoya en medidas reales, que terminan creando problemas entre los oligarcas, privados de autonomía política y, al mismo tiempo, víctimas ocasionales de las actuaciones regias, de modo que tales oligarquías terminan pidiendo la protección de Roma, que se presenta como potencia más fuerte que los reyes y, al mismo tiempo, sin veleidades aparentes en el plano del poder personal.

De este modo, se hace patente que la periodización creada en principio para sistematizar las expresiones estéticas resulta igualmente válida para la comprensión de la Historia en su más amplio sentido, pues permite organizar las formas de tránsito operadas entre las sociedades propias de las organizaciones cívicas que caracterizaron el Clasicismo y las que se enmarcan en los grandes estados del Helenismo.



BIBLIOGRAFÍA

- J. Alvar, D. Plácido, F. Bajo, J. Mangas, *Manual de Historia Universal. 2. Historia Antigua*, Madrid, Historia16, 1994^{2*}
- M. M. Austin, “**Society and Economy**” en *Cambridge Ancient History, VI², The Fourth Century B.C.*, 1994, 527-564^{***}
- R. Bianchi- Bandinelli, dir., *Historia y civilización de los griegos*, Barcelona, Icaria, 1980-1984 (10 vols.)*
- A. B. Bosworth, *Alejandro Magno*, Cambridge University Press, 1996^{***}
- P. Briant, P. Lévêque, *Le monde grec aux temps classiques. I. Le V^e siècle*, París, P. U. F., 1995*
- J. K. Davies, *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid, Taurus, 1981*
- J. Dillery, “**Xenophon’s Poroi and Athenian Imperialism**”, *Historia*, 42, 1993, 1-11.**
- W .G. Forrest, *Los orígenes de la democracia griega. El carácter de la política griega 800-400 a.C.*, Madrid, Akal, 1988*
- P. Gauthier, *Un commentaire historique des Poroi de Xénophon*, Ginebra-París, Droz-Minard, 1976.**
- S. Hornblower, *El mundo griego 479-323*, Barcelona, Crítica, 1885^{***}
- R. López Melero, D. Plácido, F. Presedo, *Historia Universal. Edad Antigua. Grecia y Oriente Próximo*, Barcelona, Vicens Vives, 1992*
- A. Lozano, *El mundo helenístico*, Madrid, Síntesis, 1992^{***}
- J. Mangas, ed., *Historia del Mundo Antiguo*, Madrid, Akal, 1988-. Fascículos 24 (D. Plácido, *La Pentecontecia*), 25 (F. J. Fernández Nieto, *La Guerra del Peloponeso*), 26 (F. J. Fernández Nieto, *Grecia en la primera mitad del siglo IV*), 27 (D. Plácido, *La civilización griega en la época clásica*), 28 (F. J. Fernández Nieto, V. Alonso Troncoso, *Las condiciones de la pólis en el siglo IV y su reflejo en los pensadores griegos*), 29 (F. J. Fernández Nieto, *El mundo griego y Filipo de Macedonia*), 30 (M. A. Rabanal, *Alejandro Magno y sus sucesores*), 31 (A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. I. El Egipto de los Lágidas*), 32 (A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. II. Los*



- Selúcidas*), 33 (A. Lozano, *Asia Menor helenística*), 34 (M.A. Rabanal, *Las monarquías helenísticas. III. Grecia y Macedonia*), y 35 (A. Piñero, *La civilización helenística*)*
- P. R. McKechnie, *Outsiders in the Greek Cities in the Fourth Century B.C.*, Londres-Nueva York, Routledge, 1989**
 - C. Mossé, *Historia de una democracia: Atenas*, Madrid, Akal, 1981*
 - O. Murray, *Grecia arcaica*, Madrid, Taurus, 1983²*
 - S. Perlman, “The Ten Thousand. A Chapter in the Military, Social and Economic History of Fourth Century”, *Rivista Storica di Antichità*, 6-7, 1976-77, 241-284**
 - D. Plácido, *Las claves del mundo griego (2700-323 a.C.)*, Barcelona, Planeta, 1993*
 - D. Plácido, *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Barcelona, Crítica, 1997***
 - J. J. Pollit “Greek Art: Classical to Hellenistic”, en *Cambridge Ancient History*, VI², *The Fourth Century B.C.*, 1994, 647-660***
 - C. Préaux, *Le monde hellénistique. La Grèce et l’Orient (323-146 av. J.-C.)*, Barcelona, Labor, 1985***
 - G.E.M. de Ste.-Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988*
 - F. W. Walbank, *El mundo helenístico*, Madrid, Taurus, 1985***
 - E. Will, C. Mossé, P. Goukowsky, *Le monde grec et l’Orient. II. Le IV^e siècle et l’époque hellénistique*, París, P.U.F., 1975***

* Manuales generales que contienen capítulos sobre el tema

** Estudios especializados sobre algún aspecto concreto

*** Análisis que abarcan una parte importante del tema